

Este todo que á ambos les abarca es el mundo como representación, el fenómeno. Si se le elimina, no queda más que el elemento metafísico puro, la cosa en sí, que, como el segundo libro nos enseña, es la *Voluntad*.

CAPITULO II

DE LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO INTUITIVO Ó DEL ENTENDIMIENTO

A pesar de su idealidad trascendental, el mundo objetivo conserva su realidad empírica. Aunque el objeto no sea la cosa en sí, en cuanto objeto es real. Verdad es que el espacio no existe más que en mi cabeza, pero empíricamente mi cabeza se halla en el espacio. La ley de causalidad no puede suprimir la idealidad, puesto que no es una transición que nos conduzca al conocimiento de la cosa en sí y afirme de este modo la realidad absoluta del mundo que se representa, siguiendo la aplicación de dicha ley; mas esto no impide la relación causal entre los objetos, ni por consiguiente la que existe sin duda entre el cuerpo del ser que conoce y los demás objetos materiales. Empero la ley de causalidad no relaciona más que fenómenos; no pasa de ahí. Con ella estamos y permanecemos en el mundo de los objetos, es decir, de los fenómenos, ó mejor todavía, de las representaciones. El conjunto del mundo experimental está condicionado, primeramente, por la conciencia de un sujeto en general, sujeto que aquel mundo presupone necesariamente, y luego por las formas de nuestra intuición y de nuestra aprehensión; pertenece pues á la categoría del puro fenómeno y no tiene pretensión alguna de ser el mundo de las cosas en sí. El mismo sujeto (en cuanto es meramente conocedor) pertenece al fenómeno; es la otra mitad complementaria.

Sin la aplicación de la ley causal no podría producirse nunca la intuición del mundo objetivo, pues esta intuición, como varias veces he manifestado, es esencialmente intelectual y no meramente sensible. Los sentidos sólo nos dan la sensación, la cual dista de ser una percepción intuitiva. Locke distinguió la parte que en la percepción corresponde á la impresión de los sentidos, designándola con la denominación de *cualidades secundarias*, cualidades que negó, con razón, á las cosas en sí. Kant, siguiendo el método de Locke, separa además, y niega también á las cosas en sí, todo lo perteneciente á la elaboración de estos materiales (las sensaciones) por el cerebro. Y como quiera que esta operación comprende todo lo que Locke había dejado á las cosas en sí, con el nombre de *cualidades primarias*, á saber: la extensión, la forma, la solidez, etc., en la filosofía de Kant, la cosa en sí, queda reducida á una incógnita, á una *x*.

Según Locke, la cosa en sí no tiene, en verdad, color, ni sonido, ni olor, ni gusto; no es caliente ni fría, dura ni blanda, lisa ni áspera, pero posee la extensión, la forma, la impenetrabilidad, el reposo ó el movimiento, el número y medida. En la filosofía de Kant, por el contrario, carece también de estas últimas cualidades, porque no son posibles más que en virtud del tiempo, del espacio y de la causalidad que tienen su origen en la inteligencia (el cerebro) así como los olores, colores y sonidos nacen de los nervios sensitivos. La *cosa en sí* no tiene extensión, forma, ni cuerpo. Lo que los sentidos aportan á la percepción del mundo sensible guarda la misma relación con lo que aporta la función *cerebral* (espacio, tiempo y causalidad), que la masa de los nervios sensitivos con la masa del cerebro, deduciendo de ésta la parte correspondiente

al *pensamiento* propiamente dicho, es decir, á la representación abstracta, parte de que carecen los animales. Pues si los nervios de los órganos sensitivos dan á los objetos presentes el color, el sonido, el gusto, el olor, la temperatura, etc.; el cerebro les da la extensión, la forma, la impenetrabilidad, la movilidad, etc.; en suma, todo aquello que es perceptible por virtud del tiempo, del espacio y de la causalidad. Fácil es convencerse de cuán corta es la parte de los sentidos en relación con la de la inteligencia, comparando el aparato nervioso destinado á recibir las impresiones con el órgano que las elabora, pues la masa de los nervios sensibles de todos los órganos sensitivos es mínima comparada con la del cerebro, y esto sucede hasta en los animales, cuyo cerebro no les sirve más que para la intuición, puesto que no tienen pensamientos propiamente dichos, es decir, pensamientos abstractos, y en los cuales, sin embargo (al menos en aquellos cuya intuición es perfecta, como los mamíferos) la masa cerebral es considerable, aun deduciendo el cerebelo, cuya función consiste en la coordinación de los movimientos.

La excelente obra de Tomás Reid titulada *Inquiry in to the human mind* (1.^a edición, 1764; 6.^a edición), presenta pruebas convincentes de la insuficiencia de los sentidos para producir la intuición objetiva de las cosas, así como del origen no empírico de la percepción del espacio y del tiempo, lo cual puede servir de comprobación, por vía negativa, de las verdades establecidas por Kant. Reid refuta la teoría de Locke, según la cual la percepción es un producto de los sentidos, demostrando con vigor y profundidad que ninguna impresión sensible tiene la menor semejanza con el mundo intuitivamente conocida y sobre todo

que las cinco cualidades primarias de Locke (extensión, forma, solidez, movimiento y número) no puede suministrarnos sensación alguna, y como consecuencia de esto, abandona, por absolutamente insoluble, la cuestión del origen y el modo de producirse la intuición. Aunque Kant le era completamente desconocido, Reid nos da por la *regula falsi*, una prueba cierta de la intelectualidad de la percepción (intelectualidad que he sido el primero en proclamar, como consecuencia de la teoría de Kant) y del origen *a priori* atribuido por Kant á los elementos fundamentales de esa percepción: tiempo, espacio y causalidad, de donde se derivan las cualidades primarias de Locke y por medio de los cuales pueden reconstruirse fácilmente éstas. El libro de Tomás Reid es muy instructivo y merece leerse mejor que cuanto se ha escrito después de Kant sobre filosofía.

Otra prueba indirecta de la misma teoría, la hallamos en los filósofos sensualistas franceses, aunque su doctrina sea falsa. Desde que Condillac empezó á seguir las huellas de Locke, la escuela sensualista francesa ha puesto gran empeño en demostrar que en realidad la percepción y el pensamiento se derivan únicamente de sensaciones (pensar es sentir) á las que llaman, siguiendo á Locke, *ideas simples*, cuya combinación y cuya comparación hacen surgir en nuestra cabeza todo el mundo objetivo. Estos señores tienen *ideas bien simples* en verdad; da risa ver cómo, sin llegar á la profundidad de los filósofos alemanes ni á la sinceridad de los ingleses, dan vueltas en todos sentidos á la sensación y tratan de darle importancia, para hacer salir de ella el sorprendente fenómeno del mundo de la percepción y del mundo del pensamiento. Mas suponiendo que hubiesen llegado á reconstituir el

hombre, el creado por ellos, sería anatómicamente hablando, un *Anencephalus*, un ser dotado solamente de aparatos sensitivos y desprovisto de cerebro. Para no citar más que dos de los mejores, entre los innumerables ensayos de esta escuela, citaré el comienzo de la obra de Condorcet *Des progrès de l'esprit humain*, y á Tourtual *Sobre la vista*, en el segundo volumen de los *Scriptores ophthalmologici minores*, edición de Justus Radius (1828).

La insuficiencia de las sensaciones para explicar la percepción salta á la vista también, en la hipótesis, emitida poco antes de la aparición de la filosofía de Kant, de que la sensación no provoca meras *representaciones* ó imágenes de las cosas, sino que percibimos las cosas mismas, aunque estén colocadas fuera de nosotros, lo cual es absolutamente incomprensible. Y esto no se entendía en sentido idealista, sino que se afirmaba categóricamente desde el punto del realismo. Euler en sus cartas á una princesa alemana, vol. 2.º pág. 68, enuncia de una manera exacta y concisa esta opinión: «Creo—dice—que esas impresiones (de los sentidos) contienen más de lo que los filósofos piensan. No son solamente vanas percepciones de impresiones recibidas por el cerebro; no dan al alma sólo ideas de las cosas, sino que representan realmente los objetos que existen fuera de aquélla, aunque no pueda comprenderse de qué modo se verifica esto.»

Veamos lo que ha dado origen á esta opinión. Aunque la aplicación de la ley de causalidad, que nos es conocida *a priori*, es el intermediario de la percepción intuitiva, sin embargo, en la visión no tenemos conciencia clara del acto intelectual por cuya virtud pasamos del efecto á la causa; así la impresión sensible no se distingue de la representación que crea en seguida

el entendimiento con aquella materia prima. No podemos, pues, hallar diferencia, ni en realidad existe, entre el objeto y su representación, sino que *percibimos directamente los objetos mismos*, y los percibimos como objetos exteriores, aunque es cierto que el único hecho inmediato es la sensación, la cual se halla limitada á la capa subcutánea.

Se explica esto, porque la noción de lo *exterior* es exclusivamente una condición de espacio, y el espacio mismo una forma de nuestra facultad de percepción, es decir, una función cerebral; luego esa exterioridad en la cual proyectamos los objetos á seguida de la percepción visual, está también en nuestro cerebro y reside én él. Es como un teatro donde vemos un bosque, una montaña, el mar, aunque todo eso no esté más que en la escena.

Puede comprenderse, pues, cómo percibiendo *inmediatamente* los objetos, los percibimos situados *exteriormente*, en lugar de percibir una imagen interior separada de los objetos exteriores. Los objetos no existen en el *espacio*, y por consiguiente *fuera de nosotros*, más que en tanto nos los representamos. Esas cosas, de las cuales no vemos una simple imagen, sino que las vemos directamente á ellas mismas, no son más que nuestras representaciones, y, como tales, sólo existen en nuestra cabeza. No es que percibamos directamente, como decía Euler, las cosas mismas situadas al exterior, sino que las cosas que nosotros percibimos como situadas fuera, son nuestras representaciones, y por eso las percibimos directamente. La observación de Euler, que hemos citado textualmente, y que es exacta, comprueba una vez más la verdad de la estética trascendental de Kant y de la teoría de la percepción, tal como la he formado, con arreglo

á los datos de este filósofo, y comprueba también el idealismo en general. Lo repentina é inconscientemente que se efectúa en la intuición el paso de la sensación á su causa, puede comprenderse por una operación análoga que se verifica en la representación abstracta, en el acto del pensamiento. Cuando leemos ó escuchamos leer no recogemos más que palabras; pero pasamos tan inmediatamente de ellas á los conceptos que representan, que nos parece que recogemos inmediatamente los conceptos mismos, pues no tenemos conciencia de la transición. Esto hace que, á veces, no sepamos en qué lengua hemos leído la vispera una cosa que vuelve á nuestra memoria. Pero la realidad de esta transición se hace sensible cuando por azar no llega dicha transición á efectuarse, es decir, cuando distraídos leemos sin fijarnos en el objeto de nuestra lectura; entonces advertimos en seguida que sólo hemos recogido palabras, pero noción ninguna. Únicamente en los casos en que pasamos de nociones abstractas á imágenes de la fantasía tenemos conciencia de la transformación operada.

Además, en la percepción empírica, la inconsciencia con que se efectúa el paso de la sensación á su causa no existe en el fondo más que para la intuición en sentido estricto, ó sea para la visión. En todas las demás percepciones sensibles, se opera ese paso con más ó menos conciencia, de manera que en la aprehensión realizada por los otros cuatro sentidos más groseros, la realidad de la transición puede ser observada directa y efectivamente. En la obscuridad palpamos un objeto por todos lados, hasta que, por medio de las impresiones que experimentan nuestras manos, podemos reconstruir la causa de esas impresiones bajo una forma precisa. Asimismo, cuando algu-

na cosa nos da la sensación de una superficie lisa, nos preguntamos á veces si tendremos los dedos grasientos; ó experimentando la sensación de frío, creemos tener las manos ardiendo.

Cuando percibimos un sonido, ocurre con frecuencia que no sabemos si la modificación causada en nuestro oído es sólo interior ó viene realmente de fuera; dudamos además si el sonido es próximo y débil ó lejano y fuerte, qué dirección lleva, si es voz humana, de animal ó de un instrumento músico; en todos estos casos, dado el efecto, investigamos la causa. En cuanto al olfato y al gusto, la incertidumbre sobre la naturaleza de la causa objetiva de la sensación, es de todos los instantes; hasta tal punto se distingue aquí la causa del efecto.

La razón por la cual se verifica inconscientemente en la visión el paso del efecto á la causa, lo que da á esta clase de percepciones la apariencia de actos inmediatos, consistentes únicamente en la sensación, sin operación alguna del entendimiento, está, en parte, en la gran perfección del órgano, y en parte en la acción exclusivamente rectilínea de la luz. Por esta segunda condición la sensación misma nos guía al lugar que ocupa su causa, y como el ojo tiene la facultad de percibir inmediatamente y con una finura maravillosa todos los matices de luz, de sombra, de color y de contorno, así como los datos por los cuales aprecia el entendimiento la distancia, resulta que en las sensaciones visuales, la operación del entendimiento se efectúa con una rapidez y una seguridad que apenas dejan tiempo para que se tenga conciencia de ella, como sucede con el delecto en la lectura; de ahí viene la apariencia de que la sensación por sí misma nos suministra la visión de los objetos.

Con todo, en la visión es donde es más considerable aquel trabajo del entendimiento que consiste en investigar la causa por medio del efecto. En virtud de esta operación intelectual vemos simple lo que sienten doble nuestros dos ojos; ella hace que de la impresión que se efectúa invertida en la retina (lo de arriba abajo y viceversa) por efecto del cruzamiento de los rayos luminosos en la pupila, salga la imagen en su posición natural, porque al perseguir la causa se desanda el camino andado en dirección opuesta. En el lenguaje vulgar se llama esto ver los objetos derechos, aunque su imagen esté trastrocada en la retina. Por ese mismo trabajo del entendimiento, estimamos, en la intuición inmediata, el tamaño y la distancia de los objetos, con arreglo á cinco datos especiales que Tomás Reid describe con admirable exactitud. Expuse esta operación con las pruebas que demuestran irrefutablemente la intelectualidad de la percepción intuitiva, en 1816, en mi tratado *De la vista y de los colores*, cuya segunda edición (1854) ha sido corregida y considerablemente aumentada por mí. Mi traducción latina apareció quince años después de la primera fecha, con el título *Theoria colorum physiologica eademque primaria*, en la colección publicada por Justus Radius en 1830, de los *Scriptores ophthalmologici minores*. Pero mi trabajo más completo sobre este asunto se encuentra en la disertación sobre el principio de razón, § 21, á la cual remito al lector en lo tocante á esta materia, para no extenderme demasiado las presentes explicaciones.

Sin embargo, hay una observación que entra en el dominio de la estética y tiene aquí su lugar propio. A causa de la intelectualidad, plenamente demostrada, de la intuición, el aspecto de las cosas bellas, v. gr., de

un hermoso panorama, es también un fenómeno cerebral. Su pureza y su perfección no dependerán sólo del objeto, sino también de la constitución del cerebro, es decir, de su forma, de su tamaño, de la calidad de su contextura y de la excitación de su actividad por las pulsaciones de las arterias cerebrales. Por consiguiente, la imagen del mismo paisaje, suponiendo fuerza visual idéntica, debe ser tan distinta en cabezas diferentes como la primera y la última prueba de un grabado, del que se tiran numerosos ejemplares. De ahí viene la gran diversidad que existe en las aptitudes para apreciar la hermosura de la naturaleza y para copiarla, ó sea para reproducir el mismo fenómeno cerebral por medio de una causa de distinta naturaleza, á saber: por medio de manchas de colores en un lienzo.

Por otra parte, ese carácter inmediato que en apariencia tiene la percepción intuitiva por virtud de su intelectualidad, y que hace, como Euler dijo, que nos parezca que efectuamos la aprehensión de los objetos mismos y como exteriores á nosotros, es semejante á la manera de sentir las partes de nuestro propio cuerpo, sobre todo cuando nos duelen, que es el caso más frecuente de que las sintamos. Así como creemos percibir directamente las cosas allí donde se encuentran, cuando en realidad las percibimos en el cerebro, nos parece también que experimentamos el dolor en el miembro enfermo, cuando le sentimos en el cerebro, adonde es conducido por el nervio de la parte doliente. Por eso no sentimos más que los dolores de aquellas partes cuyos nervios van al cerebro, y no los de las partes cuyos nervios pertenecen al sistema ganglionar, á menos que una excitación muy violenta de estos últimos llegue por rodeos hasta el cerebro, donde se ma-

nifestará como un malestar sordo y sin indicación precisa de su situación. Por la misma razón no se sienten las lesiones de un miembro cuyo tronco nervioso ha sido cortado ó ligado: y á ella se debe también el que un hombre que ha perdido un miembro crea sentir á veces dolores en aquel lugar, puesto que los nervios que se dirigían al cerebro están intactos.

En los dos fenómenos que acabamos de comparar percibimos como situado al exterior lo que pasa en el cerebro; en la intuición, por mediación del entendimiento que envía sus tentáculos á palpar el mundo exterior; en la sensación de los miembros, por conducto de los nervios.